





Las cuatro estaciones



Luis C. Folgado de Torres

Las cuatro estaciones

 **ALTERA**

Primera edición: abril de 2016

© Era Nuestro, S. L.

© Luis C. Folgado de Torres

ISBN: 978-84-16645-18-3

ISBN Digital: 978-84-16645-19-0

Depósito Legal: M-1890-2016

Ediciones Áltera
Monte Esquinza, 37
28010 Madrid
editorial@edicionesaltera.com
www.edicionesaltera.com

IMPRESO EN ESPAÑA - UNIÓN EUROPEA





Trayecto I

No podía ser. Aquella mujer le estaba mirando sin tregua. Aquellos ojos grandes no desviaban su rumbo en ningún momento, como un binocular perfectamente calibrado. Martos seguía escondido tras su novelilla en el furgón de cola del metro y esa mujer, a la que apenas separaban ya unos metros de él, lo miraba de manera insistente.

Martos Jalón llevaba años sin más trato femenino que el de una gata atigrada, ventanera y arisca que sólo rozaba los pernilles de sus tejanos para marcar el escaso territorio compartido en una segunda planta de las afueras de Alcorcón. Ahora, en la inmediatez de aquel vagón inquieto, se lo estaba desayunando con la mirada una mujer madura muy bien vestida. «Se ha debido de equivocar de hombre», se convenció volviendo a la lectura.

El vagón de la línea diez del metro iba abarrotado y Martos no había podido sentarse. Un fastidio porque el cerrajero disfrutaba así leyendo esas novelillas de vaqueros, ahora amarillentas, que escribió don Marcial Lafuente Estefanía hacía ya algunos decenios. En su lugar, optó por recostarse en uno de los huecos que dejan los asientos cerca de las puertas, al final del coche, desde donde se sintió observado por la mujer tan pronto como ésta hubo entrado, en la estación de Plaza

de España. Sentir su mirada le hizo sonrojar, algo impropio de alguien que ha pasado sobradamente de los cuarenta, y le llevó a esconderse de su vista levantando el librito sujeto con la mano izquierda, aunque no estuviera leyéndolo. De vez en cuando volvía a asomarse entre las hojas sepia de la novela por si ella había decidido, definitivamente, dirigir sus ojos hacia otra parte u otra persona que no fuera él mismo. No era así. Aquellos ojos pertinaces seguían apuntando hacia los suyos y ahora le sonreían. «¿Y si no es más que una fulana?», se dijo tratando de darle algún sentido a aquella escena sin final. Pero de sobra sabía Martos que la putas de Montera¹ andaban todas en la superficie y no iban vestidas como señoras, ni tenían cuarenta y tantos años.

Martos trató de sumergirse en Ángel Justiciero, que así se titulaba su novela del Oeste, para olvidarse del incidente y por ver si la mujer se aburría y terminaba con su juegucito. Cuando todo el tren ya estaba fuera de la estación de Nuevos Ministerios, el cerrajero conseguía sumirse en la lectura y se encontraba en Thompson City, Oklahoma, sirviendo bourbon en una cantina en mitad del desierto rotulada como *Saloon*. Tenía facilidad para transustanciarse lejos de Madrid y disfrutaba observando la gallardía de aquellos vaqueros polvorientos, el sentido del deber de los soldados confederados, todos con sus casacas azules descoloridas, e incluso compartiendo el coraje sin corazón de los forajidos de gatillo fácil, asomando siempre sus revólveres entre recios guardapolvos. Sin embargo era incapaz de imaginarse pistolero o *sheriff* en ninguna de sus novelas. Ni siquiera se atrevía a verse como orondo ranchero de sombrero alado, permitiéndole tan sólo su imaginación sentirse un honrado tabernero calvo de ca-

1 Calle de Madrid donde las prostitutas exhiben su mercancía.

misa a cuadros, visera y chaleco negros, mandil y manguitos. Servicial y atento, el cantinero despachaba vasos cortos de licor a los aguerridos aventureros siempre en busca de fortuna, menos veces de mujeres, atentos al menor chasquido para hacer girar los tambores de sus Colts hasta llenar de plomo las barrigas ajenas, los espejos grabados y el mobiliario lábil de la sala de juegos.

Era una morena guapa, entrada en carnes pero guapa, y le seguía mirando, muy erguida, detrás de un grupo de colegialas uniformadas.

Ya de pequeño, Martos Jalón se las agenciaba para leer a escondidas los relatos de don Marcial Lafuente. Debía hacerlo muy deprisa, aprovechando la siesta sonora de tío Eugenio, una de las pocas almas de aquella casona campera de la dehesa abulense que se las entendía con el castellano escrito. Los sábados, Eugenio y el propio Martos iban al pueblo de Adanero a cambiar los librillos usados por otros igual de releídos, con los bordes inferiores igualmente chupados, algunas hojas rotas y las cubiertas maltratadas. Eran igual de viejos pero venían rotulados con títulos desconocidos por su tío, de manera que, en lugar del duro que costaban las impresiones nuevas, por tres pesetas se llevaban dos libros del Oeste a devolver y algún tebeo extra para que a Martos se le terminaran antes los veranos interminables que pasaba fuera de Madrid. Pero el muchacho prefería los cercenados relatos de vaqueros al humor colorido de aquellos comics. «Hay demasiadas mujeres en estos libros Martos. Cuando seas mayor sabrás lo que te digo», le comentó un día su tío Eugenio tratando de justificar su actitud censora, sin saber que el muchacho ya conocía las

aviesas propuestas de Kitty Ferguson, la buscona más conocida de Missouri, y de Miss Templeton, la vieja guardesa del putiferio de Utah donde siempre acababa recalando, malherido, el Sheriff Mc'Berton. Todos estaban bajo llave en el cajón del pan.

En los oscuros pabellones del Colegio San Fernando de Fuencarral, donde estudió Martos, todos sabían de su afición por las novelas de tiros después de que el padre Demetrio lo sorprendiera ensimismado bebiéndose un ejemplar de Estefanía, comprado en Plaza de Cascorro por seis pesetas, que había colocado entre las hojas abiertas del libro de religión, justo a la altura de la lámina donde un Yahvé volador entregaba las Tablas de la Ley al canoso Moisés, con la mano extendida. Después de reprenderle, le propuso para representar a uno de los personajes de la obra que por primavera se presentaba en el Centro Parroquial de Colmenar: *Días de duelo*. En ella, Martos disfrutaría de un papel, escaso pero relevante, de *marshall* moribundo al que la bella Tenny O'Maherty (Marinieves Cáceres, la del farmacéutico) asía de la mano en momentos tan infaustos. Dos forajidos sin escrúpulos habían vaciado sus cananas sobre el infortunado defensor de la ley, después de saquear una mina de oro que no salía en la escena. «Este va a ser el día más feliz de mi vida», pensó Martos. El muchacho ensayó el diálogo en la terraza de casa tantas veces y en tan diferentes tonos, que los vecinos de los patios contiguos pensaron que había perdido el juicio. Para conseguir meterse de lleno en el papel, se vestía con un ridículo chaleco negro de plástico al que enganchaba una placa de *sheriff* con un imperdible.

Llegó el momento de la representación y Martos se levantó con el vientre revuelto, incapaz de probar bocado tras una noche de sudores en continuo duermevela. Tan grande era su

ansiedad, que cuando se abrió el telón de la escena donde participaba sintió como se evaporaban de su cerebro los párrafos mil veces ensayados de la agonía del desdichado *marshall*, que tuvo que dejar este mundo sin pronunciar palabra por más que el propio don Demetrio, que hacía de apuntador, le gritara cien veces desde la primera fila del patio de butacas: «Estas balas nunca podrán acabar con nuestro amor, Tenny. ¡Dilo ya pedazo de cenutrio!». Las risas y abucheos llegados desde toda la platea le hicieron abandonar la idea de salir a saludar al final de la representación y le impidieron, desde entonces, imaginarse en su lectura metropolitana como otro personaje que no fuera el humilde barman, de los que no decían ni pío en las películas del oeste almeriense de Sergio Leone. Martos las vio mil veces, con sus amigos, en el cine de verano de Tres Cantos.

Hacía mucho que aquel adusto cerrajero había perdido toda esperanza de encontrar a nadie que le asiera de la mano en el momento de su muerte, como al pobre *sheriff*, y que compartiera parte de su trayecto por este mundo con él. Ya ni siquiera las miraba, por odiar la estimulación frustrante de un afecto y un sexo que nunca llegarían a su casa en forma de mujer.

Martos siguió sirviendo chatos de *bourbon* en aquel salón atestado de vaqueros polvorientos en busca de pelea, hasta que la bicha azul y blanca entró silbando en la estación de Santiago Bernabéu, a tan sólo dos paradas de su destino final. Justo cuando había conseguido sumirse por completo en su lectura, la mujer se acercó a él zarandeándose al compás del tren:

—Hola, Vaquero.

María del Mar Atencia no era más que una modista puntual camino de la tienda de arreglos donde trabajaba, desde hacía

casi veinte años, rectificando bajos de pantalones y ajustando el talle de las señoras de Chamartín. Nunca había destacado por su belleza, aunque hubo un tiempo, poco antes de la madurez, en el que no le faltaron pretendientes divorciados deseosos de rehacer sus maltrechas existencias abrazados a una mujer sensata, que les devolviera la cordura tras largos años de envites amorosos de VISA y talonario. Tampoco se casó, ni tuvo más novio que un compañero de banca del Grupo Escolar General Queipo de Llano del que supo, años más tarde, que se había cambiado de acera poco antes de salir del seminario de Cuenca. Allí no hizo más carrera que la de los vericuetos pasillos sacros en busca de un presbítero gris, bajo el que gimoteaba lastimeras jaculatorias cuando consolaba su carne joven.

María vivía en un piso alquilado de renta antigua en Noviciado, cuyas paredes aun destilaban humedades viejas a través de irreparables fisuras que su casero ignoraba desde hacía más de treinta años. Este piso de interminables pasillos lóbregos fue todo lo que consiguió en herencia doña Juana, su madre, de aquel huraño tramoyista del teatro Marquina con el que compartió sopera y tálamo. Era como si el alma del difunto hubiera pretendido una grotesca forma de pervivir sin que el tiempo le molestara a su paso; una forma de seguir estando sin estar, sin que su presencia se notase; justo lo que había hecho en vida. Al morir su marido, doña Juana quiso romper con el maleficio de su existencia no vivida y se consagró en alma, y sobre todo en cuerpo, a las terrazas de Callao y Gran Vía, donde tuvo no pocos encuentros y algunos encontronazos con hombres de toda condición. Fue en una de estas idas y venidas que doña Juana engendró a una niña inesperada de abultados ojos negros, en un principio apellidada «Expósito²».

2 Apellidos con los que se dotaba a los nacidos sin reconocimiento paterno.

Por mediación de uno de los amantes predilectos de su madre, María del Mar pudo terminar secretariado en las Madres Irlandesas de Alcobendas, donde las bienaventuradas de la Virgen María le dieron un barniz de finura a aquella muchacha dulce y prudente que casi no hablaba. Al lado de su madre sólo hubiera hecho la carrera de la calle, tan cerca como vivían de Ballesta y Montera. Fue una jugada limpia de aquel alto funcionario, de aliento a coñac y largos apellidos para quitarse de en medio a la niña. De este modo podía frecuentar a doña Juana a sus anchas y disponer de sus prebendas amorosas sin restricción horaria alguna, pretendiendo, además, garantizarse la exclusividad de su aprecio frente a los numerosos merodeadores que rondaban a la mujer con propuestas tan indignas como la suya. A la joven le llenaba de tristeza ver la cama vencida de aquel piso cerúleo, en el que su progenitora sólo le permitía un sofá esquelético para dormir. Allí se acurrucaba y rezaba a san Antonio bendito, para que el hombre justo y piadoso, del que tanto hablaban las monjas, la llevara muy lejos de las carcajadas etílicas contiguas y los gemidos impuros que la desquiciaban todos los sábados después de llegar del internado.

Pasaron dos años y san Antonio siguió sordo a las plegarias de María del Mar, que consiguió un puesto de modista gracias a las labores que las Madres Irlandesas le enseñaron entre salmo y salmo. Cansadas de persignarse tras escuchar los relatos sórdidos que la muchacha les refería después de pasar por su casa, las propias hermanas hablaron con don Braulio Bernabéu Alayón, el dueño de dos corseterías, un edificio de apartamentos en el centro, y de aquel bajo de Chamartín en el que despachaban retales y cosían para la calle doña Julia, la encargada, y ella misma desde aquel mo-

mento. Días después de comenzar a coser en la trastienda, don Braulio le presentó al oficial Donaire, un robusto comandante de infantería que le rogó metiera la cintura de su pantalón del uniforme de gala, ancha después de unas diarreas bíblicas que le habían dejado amojamados el buche y las nalgas. Con cuatro o cinco alfileres en la boca, María del Mar se acercó sumisa a aquel oficial tan estirado y comenzó, de rodillas, a recorrer con sus dedos el interior de la cintura hasta comprobar la holgura del pantalón, tirando de él hacia arriba en varias ocasiones. Cuando clavaba el último alfiler, a la altura de la bragueta, notó un abultamiento movedizo que le hizo retirarse ligeramente, apresurándose a acabar el marcado de la prenda con sus dedos trémulos. Justo antes de terminar, el comandante puso sus manos en la nuca de María y la acercó hasta su palpitante arcabuz, restregándose lo todo contra su cara. María ganó en el forcejeo y se irguió serena esgrimando el alfiler más largo en la mano derecha hasta decirle: «Hágalo otra vez y le reviento los cojones». La cara lívida del salaz militar contrastaba con la sonrisa de doña Julia, que guiñó un ojo cómplice a María desde el fondo de la trastienda, sorprendida por la reacción de aquella criatura modosa y recatada. Don Braulio nunca se enteró del incidente, y el comandante Donaire no volvió siquiera a pasar por la acera de aquella tienda enmaderada de visillos bordados, abandonando su exquisito pantalón a los rituales de budú con los que las dos mujeres se carcajearon no pocas tardes, pinchando y pinchando sobre donde cargó alguna vez el escroto del oficial pasmado.

Martos sintió una mezcla de alivio y opresión al llegar a la estación de Plaza de Castilla. Llegaba a su parada y por fin podría liberarse de aquellos ojos enormes que le habían per-

seguido durante tantas paradas, pero la mujer estaba ahora pegada a su pecho tratando de introducirle algo en el bolsillo del abrigo. Él no respondió a su saludo. Estaba turbado, apartaba la cara y pegaba su espalda al fuselaje del metro. Tampoco se opuso a la intención de la mujer de colocarle algo dentro del abrigo. Solo quería irse de allí. Finalmente, las puertas del vagón se abrieron y Martos se escabulló dejando a la mujer dentro sin haber cruzado palabra con ella. Era como si se hubiera reencarnado en el *Sheriff* de sus desdichas y no recordara la parte del guión que venía en esa escena. El tren partió y Martos vaciló hasta volver la cara buscando ahora a la mujer mientras era engullida por el túnel con todo el convoy. Su mirada no logró alcanzarla. Raudo, enfiló los pasillos camino de la estación de autobuses buscando el andén del 159, como todos los días de trabajo.

Pasaron varios kilómetros hasta que el cerrajero se decidió a hurgar en el bolsillo de su abrigo en busca de aquello que la pertinaz mirona había dejado allí para él. Tenía tanto miedo como curiosidad y le corría un gusanillo por el cuerpo que no había sentido jamás. Era un cartoncito. Una especie de tarjeta de visita que la mujer acertó a colar en el estrecho bolsillo después de doblarlo en varios pliegues. «Mi nombre es María. Llámame y tomamos un café. Un beso, vaquero». Y debajo había escrito un número de móvil con esa grafía que solo tienen las muchachas que estudiaron en colegios de monjas. Martos comenzó a pensar tan deprisa que casi se marea, debiendo abrir la ventana para que le diera el aire y volviéndola a cerrar tras escuchar los improperios llovidos desde todas las partes de aquel autobús verde que acababa de entrar en calor.

—Anda, tira ese papel que ésta es una espabilada y te quiere sacar las perras —Eusebio, su compañero portugués, le aleccionaba contra las mujeres malvadas, las que sacan el dinero a los hombres solos a cambio de sexo o de simple compañía—. ¡Si yo te contara la de casos que conozco en los que una desgraciada ha dejado en la ruina a un tipo!

—¡Pero si yo no tengo un duro, Eusebio! Y se me nota además, joder, que me ha dado el papel en el metro, no bajándome de un Mercedes.

—Lo que yo te diga, compañero. Lo que yo te diga —Eusebio seguía teniendo un terrible acento luso, aunque hablaba castellano perfectamente como si tuviera algo dentro de la boca.

Martos se arrepintió en el acto de haberle contado a Eusebio el incidente del metro.

—Tú siempre eres el más listo, portugués —gritó vehementemente Martos a su compañero. En ese momento, el director de la empresa de reformas donde ambos trabajaban salió de su despacho con gesto bronco.

—¡Se puede saber qué os pasa esta mañana! ¿Es que no tenéis nada que hacer?

Don Práxedes Malagón dio un portazo y giró dos veces la llave en el pomo de la puerta. Después hizo un gesto queriendo decir a los dos contendientes que les invitaba a un café. Ambos le siguieron mascullando en voz muy baja.

—¿Hay algún problema en el trabajo? Contadme, a ver... —el jefe encendió una vieja máquina de café y acercó unos vasos de plástico—. ¡Pero si os lleváis divinamente, hombre!

—Éste, que no acepta un consejo de hombre experto —Eusebio puso su mano sobre el hombro de Martos mientras

hablaba—. Resulta que una mujer se le ha acercado en el metro y le ha metido un papelito en el bolsillo.

—No puede ser —don Práxedes se sorprendió. Como cada vez que se ponía nervioso, frunció el mentón de manera automática en varias ocasiones. Un tic del que apenas era consciente—. Las mujeres no hacen esas cosas, Martos, no me jodas. Llevas demasiado tiempo sin tirarte a nadie y tu imaginación de la está jugando.

En ese momento, Martos sacó del bolsillo la cartulina doblada y la puso sobre la mesa sin hablar. Don Práxedes y Eusebio se acercaron. El portugués desplegó el cartón y lo leyó en voz alta. Al terminar, don Práxedes exclamó:

—¡Joroba con la tipa! ¡Qué lanzada! —el gerente quedó mirando el cartón arrugado mientras su mentón avivaba sus movimientos convulsivos. Después de pensar un instante levantó la cabeza y tomó a Martos por el brazo—. Mira Jalón, los americanos dicen que «cuando no entiendas algo debes quitártelo de en medio». Las mujeres son muy raras y a esta edad, además, hacen cosas muy raras. Sigue mi consejo y olvídate del asunto. ¡Con lo bien que vives tú! Sin hijos, sin mujer, sin compromisos y sin malos rollos.

Martos no siguió hablando, limitándose a esperar coordenadas de su jefe. Eusebio se mostraba ufano, después de que don Práxedes pontificara en su favor.

—Aquí tienen los señores —el jefe entregó a Eusebio unas hojillas con los avisos del día—. Lo primero es pasarse por Gran Vía. Han llamado de un no sé qué de aduanas que quiere cambiar las cerraduras porque no se fía de una empleada desleal o algo así. Llevaros una de éstas. Práxedes señaló la caja azul de una cerradura.

Les costó llegar hasta el centro de Madrid. Las calles estaban saturadas de tráfico y los coches se apelmazaban esperando el momento de avanzar aunque solo fuera un poco. Eusebio conducía la furgoneta mientras Martos hurgaba en la guantera o cambiaba la radio de sintonía. No se hablaron durante todo el trayecto.

—Lo mejor es que subas tú mientras yo doy vueltas a ver si consigo meter este cacharro en algún sitio. Cuando termines me llamas —Eusebio esperó a que Martos se bajara de la furgoneta y aceleró buscando alguna callejuela que lo sacara de aquella calle desesperante.

Martos llamó indicó al portero el motivo de su visita y subió hasta el primero, donde un cartel dorado anunciaba el despacho de un agente de aduanas.

—Es una vieja loca. Una empleada de toda la vida que empezó con mi padre. Se ha ido de la empresa sin mediar explicación. Francamente, no me fío. ¡Sabe Dios en qué líos estará metida! —el que parecía ser el gerente de aquello no tenía más de cuarenta años. Fumaba tabaco negro chupando una boquilla también negra—. Imagino que será una buena cerradura.

—La mejor, señor, española de Vitoria. Y no es la más cara. Ahora las traen de Corea y estos sitios pero nosotros no las ponemos porque son muy falsas. Firme aquí —Martos entregó la nota de encargo al gerente para que la firmara. Luego le cobró el importe exacto y se despidió sin más protocolo.

—Pan comido. Encajaba como un guante —fue todo lo que dijo Martos al subir a la furgoneta.

—Me lo he figurado. No has tardado nada. Anda, vamos a desayunar a Aluche y luego nos acercamos a Los pinares de San Antón que hay que colocar media docena de bombines.

Que Martos evitara hablar del asunto no quería decir que lo hubiera olvidado. Durante el desayuno, los dos compañeros hablaron de fútbol sin demasiada pasión. También tocaron de pasada el tema de la crisis económica que les acechaba cada vez que contaban el número menguante de avisos. La cartulina con el teléfono de María del Mar deambulaba por el bolsillo del cerrajero al que la mujer había abordado tan solo hacía unas horas. Fueron muchas las veces que Martos se tocó el bolsillo para comprobar que la tarjetilla seguía ahí. Además, aquel fue el primer día en años que era capaz de mirar a las mujeres con ojos de hombre, casi con lascivia.

Los dos hombres tomaron su almuerzo en la furgoneta y aprovechando una salida de Eusebio, Martos tomó su móvil y marcó los primeros dígitos del teléfono de María del Mar. Eusebio lo sorprendió al entrar.

—No estarás llamando a la mujer. ¿No?

—Por supuesto que no. Iba a grabar el teléfono del aduanero por si le falla la cerradura y me llama.

A Eusebio le extrañó porque los clientes siempre llamaban a la oficina cuando tenían algún problema, pero no quiso volver a discutir.

—Bueno, bueno, ya no nos queda nada. Hoy nos tomamos dos cañas en tu barrio a las seis de la tarde, ya lo verás campeón.

Efectivamente, a las seis y unos minutos ambos estaban en «el de las orejas» tomando cañas. Aquel bar no tenía nombre ni rótulo. El tiempo se detuvo allí a principios de los años setenta cuando su dueño, un extremeño pardo emigrado de Mérida, comenzó a ganarse la vida planchando orejas de cerdo en la parrilla. Con el tiempo, el lugar se había convertido en un museo de la taxidermia, lleno como estaba de animales

disecados. Hurones, ginetas, conejos y perdices despelucados miraban a una clientela poco exigente y nada habladora.

—¿Quieres que llame yo a la mujer?

—No.

—Yo entiendo de mujeres, deja que la llame y te diga.

—Tú solo entiendes de tu mujer, Eusebio, y de unas cuantas fulanas de polígono industrial. Tú no sabes nada de mujeres como la de la tarjeta.

—¡Ja! Mira el mujeriego. Pero si no te has comido una rosca en tu vida, Martitos. Si eres un *pringao*.

Las cervezas comenzaron a hacer efecto en los dos hombres. Eusebio aguantaba mejor el alcohol, pero también bebía más rápido. Martos rehuía la discusión, por más que Eusebio se mofaba de él y le afrentaba continuamente.

—Seguro que tu putita está esperando tu llamada en ropa interior. ¡Vamos, llámala!

Fue en ese momento cuando Martos agarró a Eusebio por el cuello del mono de trabajo. Cuatro parroquianos llevaban un tiempo pendientes de la conversación mientras bebían cerveza de sus botellas. Ahora todos se giraron para ver el espectáculo.

—Vuelve a llamarla puta y te parto tu cara sucia de portugués.

—¡Vamos, vamos! Las broncas en la calle, que este es un bar decente —el viejo camarero dio varias palmadas antes de mediar en aquella pelea tan breve.

Martos volvió andando a su casa, a tan solo una manzana del bar de las orejas. Eusebio subió a la furgoneta y buscó la M 40 en dirección a su casa, en Boadilla. Estaba más que acostumbrado a conducir con un litro de cerveza en el cuerpo y no dudaba jugarse el carnet conduciendo en estas condiciones.

*

De vuelta a casa, María no dejaba de mirar a las puertas de acceso al vagón donde enseguida encontró asiento. Era improbable que Martos viajara a esa hora de vuelta, o al menos ella nunca lo había visto. Siempre pensó que debía salir más tarde que ella de trabajar. Desde el comienzo de la «Operación Acecho Inminente» controlaba todo el aforo del metro con sus altas y sus bajas, y Martos no estaba: «Mejor», pensó.

Nada más llegar a su casa llamó, desde el teléfono fijo, a Milagros, que era algo parecido a una mejor amiga. Milagros estaría demasiado pendiente de sus enfermedades como para que le preocupasen ahora los amoríos anormales de la costurera. No fue así.

—¿Túuuuuuuuuuu?

—Sí, yo. —de sobra sabía María del Mar la respuesta de Milagros y, sin verla, sabía la cara que estaba poniendo mientras escuchaba.

—Me he tenido que sentar porque me caía, hija. ¿Has sido capaz de entrarle a un hombre en el metro, delante de todo el mundo? Tú te has vuelto loca. Pasas muchas horas sola en ese cuchitril. —Milagros era una soltera convencida, androfóbica e hipocondríaca desde su más tierna edad. No había día que no fuera al médico por alguna razón, y prefería salir de farmacias y herbolarios antes que ir de tiendas con María del Mar. Jamás se hubiera casado a menos que alguno de sus pertinaces pretendientes se hubiera licenciado en medicina y cirugía, que nunca fue el caso—. Vas a conseguir que me acabe subiendo la tensión, con lo descompensada que la tengo. Hoy me he puesto el aparato a las ocho y la tenía en quince-once.

—Pues sí que he sido cap...

—Hombre, puedo entender que lo hagas en un bar de copas, como esas espabiladas que van de cacería los sábados, pero en el metro... —Milagros no dejaba hablar a María, arrepentida del todo de haberla llamado.

—El hombre que me gusta no va a bares de copas.

—¿Y tú qué sabes, Marimar?

—Por lo menos no tiene pinta de eso. Además, sólo lo conozco de verlo en el metro; yo tampoco voy a bares de copas.

—¡Madre del amor hermoso! De tal palo tal astilla. A ver si vas a acabar como tu madre, con todo lo que las has criticado. ¡Anda con la modistilla modosita!

María colgó el teléfono de un golpe, y se quedó desrizando las cocas del cordón mientras se acordaba de su madre y de la que parió a Milagros. «A ver si se muere ya de una de sus veinte mil enfermedades y deja de dar por saco», le deseó.

*

Martos dejó la maleta a la entrada del piso, como hacía siempre, y se dispuso a darse una ducha que reparara los desperfectos físicos y psicológicos sufridos durante todo el día: «No falla, cuando no pillo asiento en el metro todo me sale de pena», se consoló. Su gata sin nombre (solo en ocasiones la llamaba «Petarda») había venido maullando hasta la puerta como hacía siempre que su cuenco estaba vacío de agua o comida, pero Martos no le hizo caso y el animal siguió con sus alaridos lastimeros indefinidamente; parecía el llanto de un recién nacido con los pañales cargados. Finalmente, el animal fue a parar al fondo de la cocina de un puntapié. La ducha quedó en suspenso a expensas de lo que dieran por televisión. Canal tras canal todo era desolación: Programas de cotilleos, informativos hablando de una crisis económica en unos tér-

minos que él no comprendía, una teleserie de un barco de la que todo el mundo hablaba pero que a no le hacía mucha gracia y un partido de fútbol aplazado entre la Real Sociedad y el Villarreal que no le importaba en absoluto. Martos apenas se fumaba un par de pitillos de picadura al día o ni siquiera eso. Volvió a levantarse y se lió uno bien relleno, como un trompo, aprovechando un billete de metro usado que cortó a la mitad para ponerlo como boquilla. Abrió la ventana y dejó salir el humo, permitiendo a la vez que entrara todo el ruido incesante de los coches. Vació sus bolsillos sobre el alféizar y volvió a desliar la cartulina endosada por María del Mar. Siempre le fastidiaron los bajos por tener rejas en las ventanas, y pensó que María debería vivir en un piso alto del centro de Madrid, de esos viejos, seguramente sin ascensor pero con vistas a una calle estrecha mucho menos ruidosa. Desde su ventana sólo se podía ver la de enfrente, que tenía sujeto por bridas un cartel naranja descolorido de «se vende» desde hacía casi un año, al lado de un geranio seco del que sólo quedaba parte del tallo y dos ramitas gachas. El otoño estaba llegando muy despacio y se notaba solo por la noche, cuando una brisa apetitosa llegaba hasta la ventana haciéndole sentir la silueta de su cara. El cigarro se le acabó enseguida, después de inhalar el humo con fuerza hasta que la pavesa se incendiaba como el fogón de una fragua, y comenzó a liar otro para después. Martos releyó de nuevo la cartulina de María y tocó su móvil hasta que se encendió la pantalla, pero no marcó su número. «Fumar puede matar», también releyó, como hacía siempre, el cartelito de su bolsa de tabaco. «La de cosas que le pueden matar a uno», se dijo cerrando la talega con el adhesivo. Luego dejó la tarjeta de María del Mar sobre el alféizar para que el viento decidiera por él.

*

A más de quince kilómetros, María del Mar pensó darse una ducha y lo primero que hizo fue dejar el móvil sobre el taburete del aseo, muy cerca de la bañera grabada con finos chorreones de óxido debajo de los grifos. Se imaginaba a Martos llegando a su casa exhausto, sudoroso y callado: «Vamos, date una ducha que te ponga algo de cenar. Tengo croquetas, pero no de las industriales, de las que hago yo. Y luego...». María dialogó con Martos en su interior varias veces antes de abrir el grifo de la ducha. Por primera vez en su vida estaba disfrutando de pensamientos indecorosos en el baño sin tener que recurrir a la cansada escena del militar. No hizo nada más que ducharse, lentamente, con mucho jabón. «Uf, qué tonta estoy hoy», se recriminó. Se secó y luego se echó crema por todo el cuerpo. Descalza, con la toalla liada cubriéndola toda menos los hombros se dirigió a la nevera y cogió una pera que se llevó a la boca sin pelar y sin lavar. Trataba de evitarlo, pero le resultaba imposible no pensar en Martos. ¿Por qué no llamaba? No era muy probable que se le pusieran a tiro mujeres como ella a menudo. Cualquier ruido le parecía el comienzo de la llamada o el aviso de un mensaje, pero no eran más que bocinazos de coches que no podían escapar de la doble fila, abajo en la calle. Cerró la ventana y encendió la televisión. Dejó el teléfono móvil sobre el taburete del baño, como si no le importara. Sonó, por fin sonó: «No lo voy a coger enseguida, o se pensará que estoy esperando que llame». La cancioncilla politónica del aparato iba subiendo de volumen mientras María llegaba al baño resbalando sus pies desnudos toda excitada. Era otra vez Milagros. María tuvo que prometerla que nunca más volvería a abordar a nadie en el metro para que la dejara en paz y colgase lo antes posible. Al terminar de hablar

metió el teléfono en el bolsillo de su bata y esperó a que sonara el pitido de la llamada perdida que Martos no había hecho. Ahora estaba furiosa.

*

El gato estaba más pesado que nunca y Martos le sirvió un piadoso bol de bolitas rojas y grises y llenó su cuenco de agua. Sólo entonces se calló: «Un día de estos te pongo en una cuneta de Campamento y ya verás lo bien que te lo pasas, cabronazo», le dijo muy serio mientras se encargaba de su intendencia. Luego se dirigió a la ventana, por la que entraba una brisa más fría y más veloz que cuando se fumó el último pitillo. Sus cosas seguían allí. Las fue recogiendo y poniendo en la mesa baja frente al televisor. No encontró la cartulina con el teléfono de María. Se apoyó en el alféizar y se asomó todo lo que las rejas le permitieron hasta que la vio en el suelo, rodeada de crujientes hojas retorcidas, al final de la calleja. No salió a por ella.

Cuando apenas hubo amanecido, Martos se desperezó y metió los pies en unas zapatillas de cuadros rojos con la tela del talón aplastada, que usaba todo el año a pesar de ser más bien de invierno. Estaba asustado, barruntando un mal día mucho antes de salir a la calle. No quería coincidir con María del Mar en el metro: «Bastantes problemas tengo ya», pensó. No había conseguido dormir, consiguiendo apenas un duermevela inquieto y vaporoso en el que rodeaba de abrazos y *tequieros* a una María del Mar exultante, portadora de una *derringer*³ en la liga con los cañones perfectamente pavonados y las cachas de nácar, como las chicas de los *saloones* de Tenesse. «Demasiados follones tengo yo ya como para complicarme

3 Pistola de cañones cortos superpuestos muy común en el s. XIX.

la existencia con una tipa», insistió terminando de bostezar y estirando los brazos hasta casi la lámpara.

*

Pasaron meses hasta que Martos y María volvieron a coincidir en la línea diez del metro, un atardecer limpio de invierno. Era domingo. María del Mar y Milagros esperaban en el andén de la Casa de Campo, donde habían ido a pasar una tarde no muy fría rodeadas de ciclistas y familias felices. No paraban de hablar. Martos había salido de Alcorcón sin rumbo alguno. A lo mejor paraba en Plaza de España y subía por Gran Vía hasta Callao o cambiaba de línea en Tribunal. No tenía prisa; los parados casi nunca tienen prisa. Al verla entrar en su vagón miró al infinito de los pinos camperos mientras el tren recorría la vereda metálica muy despacio, como sin intención de llegar a ninguna parte. Las rojeces de su cara regresaron. Odiaba su cara rosada, odiaba las emociones y seguía evitando los sentimientos. Decidió bajarse en Príncipe Pío y dejar de sentir. No quería volver a mirar a la mujer con la que ya había soñado. Al final no pudo resistirse, y mientras caminaba por el andén en el mismo sentido del convoy, giró su cara sin llegar ver una lágrima espesa, silenciosa y brillante resbalando por la mejilla de María. Solo pudo observar cómo las luces rojas del tren se disolvían, muy despacio, en el horizonte óptico del túnel.